

deferencia aparente. Los girondinos, para acrecentar el odio de la Francia contra sus enemigos, daban á estos en los departamentos el nombre de maratistas: pero esta denominacion injuriosa engrandeci6 aun mas á Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos reasumian en aquel hombre todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y personificando el crimen en aquel ser viviente y siniestro, hacian al mismo crimen mas terrible y odioso.



LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viage.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Fallo.—Ejecucion.

I.

Mas entretanto que Paris, la Francia, los gefes y ejércitos de las facciones se disponian de este modo á despedazar la república, la sombra de un gran pensamiento vagaba por el alma de una jóven é iba á desconcertar los sucesos y los hombres, arrojando el brazo y la vida de una muger por entre el destino de la revolucion. Podria creerse que la Providencia queria burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, y se complacia en poner en contraste los dos fanatismos luchando cuerpo á cuerpo; uno bajo el odioso aspecto de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la celeste hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad; ambos, sin embargo, tendian en su estravío al mismo acto, al asesinato, reuniéndose por desgracia de esta suerte

en la posteridad, no por el objeto, sino por el medio; no por el semblante, sino por la mano; no por el alma, sino por la sangre.

II.

En una calle ancha y poblada que atraviesa la ciudad de Caen, capital de la Normandía, y centro entonces de la insurrección girondina, se veía en el fondo de un patio una antigua casa de ennegrecidas paredes, descarnadas por la lluvia y resquebrajadas por el tiempo. Llamábase esta casa el *Grand-Manoir*. Una fuente con pilón de piedra cubierto de verdoso musgo, ocupaba un ángulo del patio. Por entre una puerta angosta y baja, cuyas jambas acanaladas se reunían en el vértice formando arco, se divisaban los escalones carcomidos de una escalera de caracol que conducía al piso superior. Dos ventanas con cruceros, cuyos vidrios octógonos estaban asegurados en compartimientos de plomo, daban una luz débil á la escalera y á los vastos aposentos desguarnecidos. Esta luz pálida comunicaba por entre la vetustez y oscuridad á aquella morada ese aspecto ruinoso, misterioso y melancólico que la imaginación humana se complace en ver estendido como un sudario en las cunas de los grandes pensamientos y en las mansiones de las almas grandes. Allí vivía á principios de 1793 una nieta del gran trágico francés Pedro Corneille. Los poetas y los héroes son de la misma raza, no habiendo entre ellos otra diferencia que la de la idea al hecho. Los unos ejecutan lo que los otros conciben, pero es un mismo pensamiento. Las mugeres son naturalmente entusiastas como los unos y animosas como los otros. La poesía, el heroísmo y el amor son de una misma sangre.

III.

Aquella casa pertenecía á una pobre viuda sin hijos, anciana y enferma, llamada madama de Breteville. Con ella habitaba algunos años hacia una joven sobrina á quien habia recogido y educado para consuelo de su vejez y para aliviar su aislamiento. Aquella joven tenia entonces veinte y cuatro años. Su belleza grave, serena y recatada, aunque brillante, parecia haber contraído en el fondo del corazón el sello de aquella mansion austera y de aquella vida retirada. Habia en ella algo de semejante á una aparición. Los moradores del barrio, que la veían salir el domingo con su anciana tía para ir á las iglesias, ó la divisaban por entre la puerta leyendo en el patio durante muchas horas, sentada al sol en el escalón de la fuente, refieren que su admiración hacia ella iba mezclada de prestigio y respeto. ora fuese el rayo de un pensamiento fuerte que intimida la vista del vulgo, ora la atmósfera del alma que se retrataba en sus facciones, ora presentimiento de un destino trágico que de antemano brilla en la frente.

Aquella joven era de elevada estatura, aunque no sobrepujaba el talle comun de las mugeres altas y esbeltas de Normandía. La gracia y la dignidad natural daban acento, como un ritmo interior, á su andar y á sus movimientos. El ardor del Mediodía se mezclaba en su tez al color de las mugeres del Norte. Sus cabellos parecían negros, cuando estaban prendidos en masa alrededor de su cabeza ó cuando formaban dos ondas en su frente; parecían de oro pulido en la punta de las trenzas, cual la espiga que al sol resplandece mas que el tallo. Sus ojos grandes y rasgados hasta las sienas, eran de color cambiante como el mar, que roba sus matices á la sombra ó á la luz; azules cuando reflexionaba, y cuando se anima-

ba casi negros. Sus pestañas, muy largas y mas negras que su pelo, daban á su mirada un aspecto de lontananza. Su nariz, que iba á unirse á la frente, formando una curva insensible, estaba un poco elevada hácia el medio; su boca griega dibujaba sus labios con limpieza, fluctuando en ellos una espresion incomprensible, entre ternura y severidad, igualmente capaz de respirar el amor ó el patriotismo. La barba realzada, dividida por un surco muy profundo, daba á la parte inferior de su rostro un acento de resolucion varonil que formaba contraste con la gracia femenil de sus contornos. Sus mejillas tenían la frescura de la juventud y formaban un óvalo que respiraba salud; se sonrojaba y palidecia con facilidad; tenia su piel esa blancura sana y jaspeada de vida. Su pecho ancho y un tanto descarnado parecia un busto apenas ondulado. Sus brazos eran musculosos, sus manos largas, sus dedos delicados. Su trage, con arreglo á la mediania de su fortuna y al retiro en que vivia, respiraba una sóbria sencillez. Se fiaba en la naturaleza, desdeñando todo artificio ó todo capricho de la moda. Los que en su adolescencia la vieron la pintan siempre uniformemente vestida con un trage de paño oscuro, cortado á lo amazona, y cubierta con un sombrero de fieltro gris, de alas recogidas, y adornado con cintas negras, segun costumbre entonces de las mugeres de su clase. El acento de su voz, ese eco vivo que reasume toda una alma en una vibracion del aire, dejaba una profunda y tierna impresion en el oido de las personas á quienes dirigia la palabra. Todavía hablaban de aquel timbre de voz diez años despues de haberla oido, como de una música estraña é indeleble grabada en la memoria. Tenia en esa clave del alma notas tan sonoras y tan graves, que oirla, segun dicen, era mas que verla, formando la voz en ella parte de su hermosura.

Aquella jóven se llamaba Carlota Corday-d'Armont. Aunque de noble estirpe, habia nacido en una cabaña de-

nominada la Ronceray, en la aldea Lignereis, no lejos de Argentan. El infortunio le habia recibido en una vida que debia abandonar en el cadalso.

IV.

Su padre, Francisco de Corday-d'Armont era uno de aquellos nobles de provincia á quienes la pobreza confundió casi con el aldeano. Esta nobleza no conservaba de su antigua elevacion sino cierto respeto hácia el nombre de familia, y una esperanza vaga de recobrar su fortuna, que la impedia al mismo tiempo humillarse en sus costumbres y realzarse por el trabajo. Las tierras que cultivaba aquella nobleza rural en pequeñas posesiones inagotables, era lo único que la mantenía sin humillarla con su indigencia. La nobleza y la tierra parecían haberse casado en Francia, como lo hacen en Venecia la aristocracia y el mar.

Mr. de Corday unia á sus ocupaciones agrícolas cierta inquietud política y gustos literarios, muy difundidos entonces en aquella clase literata de la poblacion noble. Su alma preveía una próxima revolucion; traíale desasosgado su inaccion y miseria. Había escrito algunas obras de circunstancias contra el despotismo y el derecho de primogenitura, y en ellas se dejaba ver el espíritu que iba á brotar. Tenía el odio á la supersticion, el ardor de una naciente filosofía y el presentimiento de una revolucion necesaria. O bien fuese por insuficiencia de genio, ó bien por inquietud de carácter, ó por obstinacion de la fortuna que oscurece á los mejores talentos, no pudo hacerse lugar entre los sucesos de su época.

Languidecia en su pequeño feudo de Ligneris, en medio de una familia que de año en año se acrecentaba. Cinco hijos, de los cuales dos eran varones y tres hem-

bras, siendo Carlota la segunda de estas, le hacian conocer cada día mas, las penalidades de la necesidad. Su muger, Jacoba-Carlota-Maria de Gonthier-des-Autiers murió de estas angustias, dejando un padre á sus tiernas hijas; pero dejando en realidad sus almas huérfanas de esa tradicion doméstica y de esa inspiracion diaria que con la madre arrebató la muerte á los hijos.

Carlota y sus hermanas vivieron algunos años aun en Lignerics, casi abandonadas á la naturaleza, vestidas con lienzo tosco como las aldeanas de Normandia, y como ellas escardando el jardin, segando el prado, espigando los haces y cogiendo las manzanas de la reducida posesion de su padre. Al fin, la necesidad obligó á Mr. Corday á separarse de sus hijas, que bajo los auspicios de su nobleza é indigencia entraron en un monasterio de Caen, llamado la abadía de las Damas, cuya abadesa era la señora de Belzunce. Este monasterio, cuyos vastos claustros y capilla de arquitectura romana se habian construido en 1066 por Matilde, muger de Guillermo el Conquistador, despues de haber estado desierto, degradado y olvidado entre las ruinas hasta 1630, fué magníficamente restaurado despues, siendo en el día uno de los mas bellos hospicios del reino y uno de los mas espléndidos monumentos públicos de la ciudad de Caen y de la Normandia.

V.

Carlota tenia trece años. Aquellos conventos eran entonces verdaderos retiros cristianos en que las mugeres vivian apartadas del mundo, pero escuchando todos sus rumores y participando de todos sus movimientos. La vida monástica, llena de prácticas apacibles, de amistades íntimas, sedujo por algun tiempo á la tierna niña. Su alma ardiente y su imaginacion apasionada la impulsaron á

esa contemplacion meditabunda, en el fondo de la cual se cree percibir á Dios, estado del alma que el imperio afectuoso de una superior y el poder de imitacion cambian tan fácilmente en la niñez en fé y en ejercicio de devocion. El carácter de hierro de madama Roland se habia encendido y amoldado tambien en este fuego celeste. Carlota, mas tierna, cedió á él con mas facilidad aun, y durante algunos años fué un modelo de piedad. Pensaba en cerrar su vida, apenas abierta en aquella primera página, y encerrarse en aquella tumba donde en lugar de la muerte hallaba el reposo, la amistad y la dicha.

Pero cuanto mas se esforzaba su alma, mas aprisa se abismaba y llegaba á la estremidad de sus pensamientos. Presto descendió al abismo de su fé infantil; mas allá de sus dogmas domésticos, dividió otros dogmas nuevos, luminosos y sublimes. No abandonó á Dios ni á la virtud; pero dióles otros nombres y diferentes formas. La filosofia que entonces inundaba á la Francia con sus destellos, penetraba con los libros en boga por las rejas de los monasterios. Allí era donde profundamente meditaba en el recogimiento del claustro y en oposicion con las pequenezes monásticas, formando la filosofia sus mas ardientes adeptos. Los jóvenes de ambos sexos veian sobre todo en el triunfo de la razon general, sus cadenas quebrantadas y adoraban su reconquistada libertad.

Carlota contrajo en el convento esas tiernas predilecciones de niñez, semejantes á parentescos de corazon. Sus amigas eran dos jóvenes de nobles casas y de humilde fortuna como ella: las señoritas de Faudois y de Forbin. La abadesa, madama de Balzunce, y su coadjutora, madama Doulcet de Pontécoulant, habian distinguido á Carlota y la admitian en aquellas sociedades algo mundanas, que la costumbre permitia á las abadesas mantener con sus parientes en el recinto mismo de sus conventos. Carlota habia conocido allí dos sobrinos de dichas señoras: Mr. de Belzunce, coronel de un regimiento de caballeria

de guarnicion en Caen , y Mr. Doucet de Pontécoulant, oficial de guardias de corps del rey. El uno debía ser mas tarde asesinado en un motin del populacho de Caen, y el otro iba á adoptar con moderada constancia la revolucion, entrar en la Asamblea legislativa y en la Convencion y sufrir luego el destierro y persecucion por la causa de los girondinos. Despues se ha supuesto que el recuerdo harto tierno del jóven Belzunce, inmolado en Caen por el pueblo, habia hecho jurar á Carlota, viuda de su primer amor, una venganza que debia recaer en Marat. Nada puede confirmar esta suposicion y todo la refuta. Si la revolucion no hubiera escitado en el corazon de Carlota otra cosa que el horror y el resentimiento del asesinato de un amante, hubiera confundido en el mismo odio á todos los partidos de la república, y no hubiera abrazado hasta el fanatismo y la muerte una causa que habia ensangrentado sus recuerdos y enlutado su porvenir.

VI.

Al suprimirse los monasterios , tenia Carlota diez y nueve años. La miseria de la casa paterna se habia acrecentado con el tiempo; sus dos hermanos, que habian entrado en el servicio militar, habian emigrado. Una de sus hermanas habia muerto , y la otra dirigia en Argentan la pobre morada de su padre. La anciana tia , madama de Bretteville, recogió á Carlota en su casa de Caen, aunque como toda la familia, carecia de fortuna. Vivía en ese silencio y oscuridad que apenas revelan á los vecinos mas inmediatos el nombre y existencia de una pobre viuda. Su edad y enfermedades oscurecian todavia mas la sombra que su condicion proyectaba sobre su vida. Solo una muger la servía. Carlota ayudaba á esta en los cuidados domésticos; recibia con gracia á las antiguas amigas de

la casa , y por la noche acompañaba á su tia á aquellas reuniones nobles de la ciudad, no dispersadas aun por el furor popular, y en donde era permitido á algunos velustos restos del antiguo régimen, reunirse para consolarse y gemir. Carlota , respetuosa hácia aquellos tristes recuerdos y supersticiones de lo pasado , nunca los contrariaba con palabras crueles ; pero se sonreía de ellos interiormente, y alimentaba en su alma el foco de opiniones distintas , que cada dia se iba haciendo mas ardiente. La ternura de su alma , la gracia de sus facciones , la puerilidad infantil de sus modales no dejaban, sin embargo, sospechar ningun pensamiento fijo bajo su alegría. Su apacible regocijo brillaba en la vieja casa de su tia , como el rayo de la mañana de un dia borascoso , tanto mas resplandeciente, cuanto mas tenebrosa será la tarde.

Despues de cumplir con los cuidados domésticos , y de acompañar á su tia á la iglesia y volverla á traer, Carlota podia disponer de todos sus pensamientos y de todas sus horas. Pasaba sus dias jugueteando en el patio y en el jardin , meditando y leyendo. Nadie la molestaba ni la dirigia en su libertad , en sus opiniones ni en sus lecturas. Las opiniones religiosas y políticas de madama de Bretteville eran hábitos mas bien que convicciones ; las conservaba como costumbre de su edad y de su tiempo, pero no las imponia. Por otra parte , la filosofia habia minado entonces el fundamento de las creencias hasta en el mismo espíritu de la antigua nobleza. La revolucion lo ponía todo en duda , y era poca la adhesion que se tenia á ideas que todos los dias se veian vacilar y caer. Además, las opiniones republicanas del padre de Carlota , se habian infiltrado mas ó menos en sus deudos. La familia de Corday tenia alguna inclinacion á las ideas nuevas. La misma señora de Bretteville ocultaba , bajo la apariencia de su sentimiento, hácia el antiguo régimen, un favor secreto á la revolucion. Dejaba á su sobrina nutrirse en las obras , opiniones y periódicos de su gusto. La edad de

Carlota la inclinaba á la lectura de novelas que ofrecen meditaciones ya del todo hechas á la imaginacion de las almas ociosas; pero su mente la movia á la lectura de obras de filosofia, que trasforman los instintos vagos de la humanidad en teorías sublimes de gobierno, y á la de libros de historia que cambian las teorías en acciones y las ideas en hombres.

Esta doble necesidad de su entendimiento y de su corazón la encontraba satisfecha en Juan Jacobo Rousseau, ese filósofo del amor, y ese poeta de la política; en Raynal, ese fanático de la humanidad; en Plutarco, en fin, ese personificador de la historia, que pinta mas bien que narra, y que vivifica los sucesos y caracteres de sus héroes. Estos tres libros se sucedían sin cesar en sus manos. También hojeaba las obras apasionadas ó ligeras de la época, como *La Eloisa* ó *Foblas*. Pero aunque su imaginacion prendió en ellos sus meditaciones, nunca perdió su alma el pudor, ni su adolescencia la castidad. Devorada por la necesidad de amar, inspirando y experimentando á veces los primeros síntomas del amor, su reserva, su dependencia y su miseria contuvieron siempre las íntimas manifestaciones de sus sentimientos. Desgarraba su corazón para desprender violentamente de él el primer lazo que se le prendía. Su amor, rechazado de esta manera por la voluntad y el destino cambió, no de naturaleza, sino de ideal. Se trasformó en un vago y sublime pensamiento de sacrificio á la felicidad pública. Aquel corazón era demasiado vasto para que solo contuviera su propia felicidad; quiso encerrar en él la de todo un pueblo. El fuego en que por un solo hombre hubiera ardido, lo consumió todo por su patria. Se concentró mas y mas en estas ideas, meditando sin cesar cual era el servicio que podía hacer á la humanidad. La sed del sacrificio de sí misma, habia llegado á ser su demencia, su amor ó su virtud. Aun cuando este sacrificio debiera de ser, estaba resuelta á cumplirlo. Habia llegado á ese estado desesperado

del alma, que es el suicidio de la dicha, no en provecho de la gloria ó de la ambicion, como madama Roland, sino en el de la libertad y de la humanidad, como Judith ó Epicharis. No le faltaba mas que una ocasion; la estaba espiondo y creyó haberla hallado.

VII.

Era el momento en que los girondinos luchaban con arranques de valor y de elocuencia prodigiosos, contra sus enemigos en la Convencion. Creíase que los jacobinos no querian arrancar la república á la Gironda sino para precipitar á la Francia en una sangrienta anarquía. Los supremos peligros de la libertad, la tiranía odiosa del populacho de París sustituida á la soberanía legal de la nacion representada por sus diputados; los encarcelamientos arbitrarios, los asesinatos de setiembre, la conjuracion del 10 de marzo, la insurreccion del 30 y 31 de mayo, la espulsion y proscripción de la parte mas pura de la Asamblea, su patíbulo á lo lejos á donde subiria la libertad con ellos: la virtud de Roland, la juventud de Fonfrede y Barbaroux, el grito de desesperacion de Isnard, la constancia de Buzot, la integridad de Petion, el idolo hecho víctima, el martirio de tribuna de Lanjuinais, al cual no habia faltado para igualar la suerte de Ciceron, mas que la lengua del orador clavada en la tribuna; la elocuencia en fin de Vergniaud, esa esperanza de los buenos ciudadanos, ese remordimiento de los perversos, enmudecido de repente, abandonando á los hombres de bien á su desaliento, á los infames á su maldad; en vez de aquellos hombres interesantes ó sublimes que parecían defender en la brecha las últimas trincheras de la sociedad y los hogares sagrados de cada ciudadano, verse á un Marat, escoria y lepra del pueblo, triunfando de las

leyes por la sedición, coronado por la impunidad. Llevado á la tribuna en brazos de las turbas de los arrabales, tomando la dictadura de la anarquía, del despojo, del asesinato, y amenazando toda independencia, toda propiedad, toda libertad, todas las vidas en los departamentos: todas estas convulsiones, todos estos excesos, todos estos terrores habian conmovido extraordinariamente las provincias de la Normandía.

VIII.

La presencia en el Calvados de aquellos diputados fugitivos que venian á apelar á la libertad contra la opresion y á adherirse á los focos de los departamentos para suscitar allí vengadores á la patria, habia llevado hasta la adoracion el interés de la ciudad de Caen por los girondinos y la execracion á Marat. Este nombre se habia hecho uno de los mas criminales. Las opiniones mas bien inglesas que romanas, el republicanismo ático y moderado de la Gironda, formaban contraste con el cinismo de los maratistas. Lo que se habia deseado en Normandía antes del 10 de agosto, era mucho menos la caída del trono que una constitucion de la monarquía que sancionara la igualdad. La ciudad de Rouen, capital de aquella provincia, era adicta á la persona de Luis XVI, y le habia ofrecido un asilo antes de su caída. El cadalso de este príncipe habia entristecido y humillado á los buenos ciudadanos. Las otras ciudades de aquella parte de la Francia eran ricas, industriosas y agricolas. La paz y la marina eran necesarias para su prosperidad. La afición del rey á la agricultura, su esclarecida predileccion á la navegacion, las fuerzas navales de la Francia que se esforzaba en constituir, las construcciones de navíos que ordenaba en la rada de Brest, los maravillosos trabajos

del puerto de Cherbourg; los viages que habia hecho, en el interior y por el litoral, para visitar y vivificar todas las raldas del Océano, sus estudios con Turgot para favorecer la industria y dar libertad al comercio, habian dejado en el corazon de los normandos, cariño á su nombre, ternura por sus infortunios, horror contra sus asesinos, y una disposicion secreta hácia el restablecimiento de un régimen que uniria las garantías de la monarquía con las libertades de la república. De aquí provino ese entusiasmo por los girondinos partidarios de la Constitucion de 1791; de aquí tambien la esperanza que se tenia en reintegrarlos y vengarlos. Todo patriotismo se creia herido, toda virtud ajada, toda libertad muerta con ellos.

Afectado ya el corazon de Carlota Corday, sintió todos los golpes dados á su patria reasumirse en dolores, en desesperacion, y en valor en un solo corazon. Vió la pérdida de la Francia, vió las víctimas, y creyó ver el tirano. Juró vengar á las unas, castigar al otro y salvarlo todo. Durante algun tiempo, recapacitó en su alma su vaga resolucion, sin saber que acto exigia de ella la patria, y cuál era el nudo de crimen que mas urgia cortar. Estudió las cosas, los hombres, las circunstancias, para que su valor no se equivocase, ni fuera vana su sangre.

IX.

Los girondinos Buzot, Salles, Petion, Valady, Gorsas, Kervelegan, Mollevault, Barbaroux, Louvet, Giroux, Bussy, Bergeing, Lesage (de Eura y Loira), Meilhan, Enrique Lariviere y du Chastel, hacia algunas semanas que estaban como hemos visto, en Caen, fomentando la insurreccion general de los departamentos del Norte, combinando la insurreccion republicana de la Bretaña, reclutando batallones de voluntarios, enviándolos al ejér-

cito de Puisaye y de Wimpfen, que debía marchar sobre París, y atizando en las administraciones locales el fuego de la indignación de los departamentos que debía consumir á sus enemigos. Estos diputados tantas veces insultados por Marat, ponían naturalmente á la Montaña y la municipalidad bajo el horror del nombre de su enemigo, nombre odioso que debía suscitarles vengadores y les suplía por un ejército. Sublevándose contra la omnipotencia de París y la dictadura de la Convencion, creía la juventud de los departamentos levantarse solo contra Marat, Danton y Robespierre, menos señalados en los últimos movimientos del pueblo contra la Gironda, no tenían, en sentir de los insurreccionados, ni la importancia, ni la autoridad sobre el pueblo, ni el delirio sangriento de Marat. Dejaban en la sombra los nombres de estos dos grandes montañeses, para no contrariar el aprecio que entre los jacobinos de los departamentos conservaban esas dos popularidades mas importantes. Las masas se engañaban no viendo la tiranía y libertad mas que en un solo hombre. Carlota se equivocó como la opinion. La sombra de Marat ofuscó á toda la república.

X.

Los girondinos á quienes la ciudad de Caen habia tomado bajo su salvaguardia, estaban hospedados todos juntos en el palacio de la antigua intendencia, á donde se habia trasladado tambien el gobierno federalista y la comision insurreccional; allí se celebraban asambleas populares donde los ciudadanos, y las mugeres se apresuraban á concurrir para contemplar y oír á las primeras víctimas de la anarquía, á los últimos vengadores de la libertad. Los nombres por tanto tiempo dominantes de Petion, Buzot, Louvet y Barbaroux, hablaban mas que sus

discursos á la imaginacion de los habitantes del Calvados. La vicisitud de las revoluciones, que hacia aparecer desterrados y suplicantes en una poblacion arrinconada de la república, á aquellos oradores que habian derribado la monarquía, sublevado al pueblo de París, llenado la tribuna y la nacion con sus voces, enternecía á los espectadores y los llenaba de orgullo para vengar pronto á tan ilustres huéspedes. Los acentos de estos hombres embriagaban, se les nombraba y enseñaban con el dedo á ese Petion, rey de París, y á ese Barbaroux, héroe de Marsella, cuya juventud y belleza realzaban su elocuencia, su valor y sus desgracias. Salían de allí gritando á las armas, y provocando á los hijos, esposos y hermanos á alistarse en los batallones. Carlota Corday, despreciando las preocupaciones de su categoria y la timidez de su sexo y de su edad, se atrevió varias veces á asistir á aquellas sesiones con algunas amigas suyas. Se hizo notar por un entusiasmo silencioso que realzaba su belleza femenil y solo se manifestaba por medio de lágrimas. Quería haber visto á los que trataba de salvar. La situación, las palabras, los semblantes de aquellos primeros apóstoles de la libertad, casi todos jóvenes, se grabaron en su alma y dieron un colorido mas personal y apasionado á su adhesión á su causa.

XI.

El general Wimpfen, á quien acababa de intimar la Convencion que se replegase sobre París, respondió: que marcharia allí al frente de sesenta mil hombres, no para obedecer á un poder usurpador, sino para restablecer la integridad de la representacion nacional y vengar los departamentos. Louvet dirigia proclamas fogosas á las ciudades y aldeas del Morbihan, de las costas del Norte, de

la Mayenne, de Ille y Vilaine, del Loira-Inferior, de Finistère, del Eura, del Orne y del Calvados. «Las fuerzas de los departamentos que se dirigen á París, decia, no van en busca de enemigos que combatir, van á fraternizar con los parisienses, van á afirmar la vacilante estatua de la libertad. ¡Ciudadanos! que presenciareis el paso de estas falanges amigas por vuestros caminos, por vuestras ciudades, por vuestras aldeas, fraternizad con ellas. Impedid que algunos monstruos anegados en sangre se introduzcan entre vosotros para detener su marcha.» Estas palabras eran las que atraian á millares de voluntarios: Caen contaba dentro de sus muros mas de seis mil reunidos. El domingo 7 de julio, los revisaron los diputados girondinos, y las autoridades de Calvados, con todo el aparato propio para electrizar su valor. Esta sublevacion espontánea que se presentaba con las armas en la mano, para morir ó vengar la libertad de los insultos de la anarquía, recordaba la insurreccion patriótica de 1792, que condujo á las fronteras á todos los que creian incompatible su vida con la muerte de la patria.

Carlota Corday presenciaba desde un balcon este alistamiento y esta marcha. Apenas llegaba al suyo, el entusiasmo de aquellos jóvenes ciudadanos, que abandonaban sus hogares para ir á proteger el violado recinto de la representacion nacional, haciendo frente á las balas y á la guillotina. Aun le creia frío, y se indignaba por el corto número de voluntarios que el alistamiento habia añadido á los regimientos y batallones de Wimpfen. En efecto, aquel día apenas pasaron de veinte.

Decíase, que aquel entusiasmo aterraba algo en Carlota la impresion misteriosa, pero pura, que por ella sentia uno de estos voluntarios que abandonaban sus hogares, sus amores y tal vez su vida. Carlota Corday, no pudo ser insensible á aquella veneracion oculta; pero inmolaba esta adhesion de puro reconocimiento á otra mas sublime.

Aquel joven se llamaba Franquelin: adoraba á la hermosa republicana, pero ocultamente. Mantenía con ella una correspondencia en la que resaltaba la reserva y el respeto. Correspondia ella con la triste y tierna timidez de una joven, cuya dote consistia en sus infortunios. Habia dado su retrato al joven voluntario, y le permitia que la amase, á lo menos en imágen. Franquelin impulsado por el entusiasmo general y seguro de alcanzar una mirada de aprobacion armándose por la libertad, se alistó en el batallon de Caen. Carlota no pudo conservar su serenidad al presenciar la marcha de este batallon, ni ocultar la palidez y las lágrimas que aparecieron en sus mejillas. Petion, que conocia á Carlota, pasaba á la sazón por debajo de sus balcones y admirado de la debilidad de Carlota la dirigió la palabra: «¿Os agradaria, la dijo, que no marchasen?» La joven se ruborizó, contuvo la contestacion y se retiró. Petion no comprendió aquella turbacion, pero el porvenir se la reveló. Franquelin, despues del suplicio de Carlota Corday, se retiró á una aldea de la Normandia herido de muerte por el rechazo del golpe del hacha que habia cortado la cabeza á su doña. Allí solo, con su madre, existió algunos meses, y murió pidiendo que se enterrasen con él el retrato y cartas de Carlota: la imágen y el secreto yacen en aquella tumba.

XII.

Desde la marcha de los voluntarios, solo un pensamiento ocupó á Carlota: anticiparse á su llegada á París, conservar sus generosas vidas, y hacer innecesario su patriotismo, librando antes que ellos de la tiranía á la Francia. Este deseo, antes sufrido que experimentado, fué una de las tristezas de su sacrificio, pero no la causa.

La causa verdadera era su patriotismo. Un presentí-

miento de terror pesaba ya sobre la Francia en aquel momento: el cadalso estaba levantado en París, y se hablaba de pasearle muy luego por todo el ámbito de la república. El poder de la Montaña y de Marat, si triunfaba, debía defenderlo únicamente la mano del verdugo. Decíase que el monstruo había ya formado las listas de proscripción y contado el número de cabezas que debían calmar sus sospechas ó su venganza. Lyon tenía señaladas dos mil quinientas víctimas, tres mil Marsella, veinte y ocho mil París, trescientas mil la Bretaña y Calvados. El nombre de Marat producía el calorío de la muerte. Contra tanta sangre quería Carlota oponer la suya. Cuantos mas lazos rompiese en la tierra, mas agradable sería la voluntaria víctima á la libertad.

Tal era la secreta predisposición de su ánimo, pero Carlota antes de herir quería ver.

XIII.

De ningun modo podia enterarse mejor del estado de París, de las cosas y de los hombres, que acercándose á los girondinos, principales interesados en esta causa; quiso, pues, sondearlos sin descubrirse. Los respetaba bastante para revelarles un proyecto que hubieran podido condenar como un crimen ó prevenirlo como una generosa temeridad. Tuvo la constancia de ocultar á sus amigos el pensamiento cuya realizacion iba á perderla para salvarlos á ellos. Prestando especiales asuntos se presentó á la intendencia, sitio en que los ciudadanos á quienes ocupaba algun negocio podian acercarse á los diputados; vió á Buzot, Petion y Louvet. Dos veces conversó con Barbaroux. Las conversaciones de una jóven hermosa y entusiasta con el mas jóven y hermoso de los girondinos, bajo pretesto político, podia dar ocasion á la

calumnia, ó al menos á que en algun labio apareciese cierta sonrisa de incredulidad. Asi sucedió en los primeros momentos; Louvet, que despues escribió un himno á la pureza y á la gloria de la jóven heroína, creyó aceptables al principio estas vulgares seducciones de los sentidos, cuyos cuadros delineó en su novela del *Foblas*. Buzot, ocupado con otra imágen, apenas dirigió una mirada á Carlota, y Petion, atravesando la sala general de la intendencia, le soltó alguna chanzoneta sobre su asiduidad en la asistencia y sobre el contraste que presentaba su nacimiento con sus visitas. «He ahí, la dijo sonriendo, la jóven aristócrata que viene á ver á los republicanos.» La jóven comprendió la sonrisa y la insinuacion que hería á su pudor: se ruborizó en el momento, mas se repuso, y con un tono de sería reconvenccion, pero amistoso, respondió: «Ciudadano Petion, hoy me juzgais sin conocerme, algun dia sabreis quien soy.»

XIV.

En las audiencias que alcanzó de Barbaroux y que de intento procuraba alargar para empaparle con sus discursos en el republicanismo, en el entusiasmo y en los proyectos de la Gironda, se presentó con la modesta apariencia de pretendiente: pidió al jóven marsellés una carta de recomendacion para uno de sus colegas de la Convencion que la presentase al ministro del Interior. Decia que tenia que hacer al gobierno ciertas reclamaciones en favor de la señorita Forbin, su amiga de infancia: la señorita Forbin, conducida por sus parientes, habia emigrado, y soportaba en Suiza la indigencia. Barbaroux dió la carta para Lauce de Perret, uno de los setenta y tres diputados del partido de la Gironda, olvidado en la primera proscripción.

Esta carta de Barbaroux, que mas tarde sirvió á Lauze de Perret de billete para el cadalso, no contenia palabra alguna que pudiera imputarse como crimen al diputado que la recibia. Barbaroux se limitaba á recomendar una jóven ciudadana de Caen, á la consideracion y proteccion de Lauze de Perret. Anunciábale un escrito de su comun amigo Salles sobre la Constitucion. Provista de esta carta y de un pasaporte, que algunos dias antes habia tomado para Argentan, dió Carlota gracias y se despidió de Barbaroux. El acento de sus palabras despertó en Barbaroux un presentimiento que entonces no pudo comprender. «Si hubiéramos conocido su designio, dijo mas tarde, y sido capaces de un crimen por tal mano, Marat no seria la víctima que hubiésemos designado á su venganza.»

Las chanzonetas que Carlota mezclaba constantemente en lo sério de las conversaciones patrióticas, desaparecieron desde que para siempre abandonó la morada de los girondinos. Luchaba interiormente por última vez entre el pensamiento y la ejecucion: una gran prevision y estudiado disimulo ocultó esta lucha. La gravedad de su gesto, y ciertas lágrimas que sorprendieron algunos de sus parientes cercanos, revelaban la agonía voluntaria de su suicidio. Preguntada por su tia: «Lloro, contestó, por las desgracias de mi país, por las de mis padres y por las vuestras: mientras que Marat exista, nadie tendrá segura su vida.»

Madama de Bretteville recordó despues, de que un dia al entrar en el cuarto de Carlota para despertarla, encontró una biblia vieja abierta en el pasage de Judith y que leyó este versiculo subrayado con lápiz. «Judith salió de la ciudad deslumbrante de belleza, la cual le habia dado el Señor para librar á Israel.»

El mismo dia que salió Carlota para concluir sus preparativos de marcha, encontró en la calle á algunos vecinos de Caen que jugaban á las cartas delante de las

puertas de sus casas, y les dijo con marcado sarcasmo: «¡Jugais y la patria está agonizando!»

Su andar y sus palabras manifestaban la impaciencia y la precipitacion de su marcha. Efectivamente, el 7 de julio salió para Argentan, donde se despidió de su padre y de su hermana. Les dijo que iba á buscar en Inglaterra un asilo contra la revolucion y contra la miseria, y que antes de poner en planta su proyecto, venia á recibir la bendicion paternal

Su padre aprobó esta separacion.

XV.

La tristeza y la miseria de la casa paterna, la muerte prematura de su madre, el destierro de sus hermanos, la pérdida de sus esperanzas y la estincion de los lazos de la infancia, lejos de debilitar, afirmaron mas y mas á la jóven en su resolucion. Tras ella no dejaba ninguna felicidad que pudiera retraerla, ninguna vida comprometida, ningun despojo legaba. Abrazando á su padre y hermana, lloró mas por lo pasado que por lo futuro: el mismo dia volvió para Caen. Engañó la ternura de su tia con la misma estratagema que engañó la de su padre: le dijo que muy luego se dirigiria á Inglaterra, donde varios amigos emigrados le tenian preparado un asilo y le brindaban con una fortuna que no podia prometerse en su patria. Este pretexto atenuó el sentimiento de la despedida y de los preparativos domésticos de su marcha, que dispuso secretamente para el 9 de julio en la diligencia de Paris.

Carlota empleó las últimas horas de su permanencia en Caen, en manifestar su reconocimiento para con su buena tia, á quien era deudora de una larga y apacible hospitalidad, y valiéndose de una de sus amigas, aseguró

la suerte de una criada anciana que habia cuidado de su niñez. En algunas tiendas de Caen, encargó y pagó adelantados ciertos trabajos de ropa y bordados, para que despues de su marcha los remitiesen como recuerdo, á algunas amigas de la infancia. Sus libros predilectos los distribuyó entre las personas de su intimidad: solo se quedó con el Plutarco, como si en la crisis de su vida no hubiese querido separarse de la sociedad de los grandes hombres, con quienes habia vivido y queria morir.

Al pie de la escalera, encontró un niño de un pobre jornalero llamado Roberto, que habitaba en un cuarto bajo. Comunmente jugaba el niño en el patio, y alguna vez le daba estampas, «toma, Roberto, le dijo entregándole su cartera de dibujo, que ya no necesitaba para guardar sus trabajos, toma, para tí, sé bueno y dame un beso, que ya no me verás mas.» Y abrazó al niño dejándole en su mejilla una lágrima. Fué su última lágrima, la última que vertió en la casa de sus primeros años. No le restaba ya que ofrecer sino su sangre.

Su marcha, cuya causa se ignoraba, se reveló á los vecinos de la calle de San Juan por una circunstancia que es la última pincelada de la calma y serenidad de su alma, hasta el fin de su resolucion.

Frente á la casa de madama de Bretteville, al otro lado de la calle de San Juan, habitaba una respetable familia de Caen, llamada Laconture. El hijo de la casa, apasionado á la música dedicaba algunas horas del dia á su instrumento. Sus ventanas permanecian abiertas, y los acordes de su piano iban á perderse á las vecinas habitaciones. Carlota para escuchar mas libremente aquellos acordes sonidos entreabria las persianas á la hora en que empezaba la sesion; alguna vez cubierta su cabeza con la cortina, se colocaba de codos en el antepecho de la ventana, desde donde escuchaba los acentos de la música. El artista, alentado con la aparicion de aquella beldad estasiada, no dejaba pasar ningun dia sin que á la mis-

ma hora se sentase delante de su piano; y Carlota recompensaba su asiduidad abriendo tambien puntualmente la ventana. El gusto del mismo arte parecia que habia establecido una muda inteligencia entre estas dos almas, que solo se conocian por aquellos sonidos.

La vispera del dia en que Carlota, fortalecida ya en su resolucion, se preparaba á marchar para llenar su mision y morir, sonó el piano á la hora acostumbrada. Carlota arrancada á sus continuas ideas por el poder de la costumbre y por el atractivo del arte que tanto le agradaba, abrió la ventana como ordinariamente, y parecia que escuchaba con mas calma y mas estasiada que nunca. No obstante, cerró con precipitacion antes que el músico hubiese concluido, como queriendo separarse violentamente del último placer que la cautivaba.

Al dia siguiente, el jóven vecino al sentarse delante de su piano, miró hácia el *Grand-Manoir* en frente, para ver si los primeros preludios harian descorder las cortinas de la nieta de madama de Bretteville. Pero la ventana cerrada no volvió á abrirse, y esto instruyó al músico de la marcha de Carlota. Los acordes del instrumento vibraban aun, pero el alma de la jóven escuchaba solo la tempestuosa persecucion de su idea, la voz de la muerte y los elogios de la posteridad.

XVI.

El desembarazo y la firmeza de su conversacion en el coche que la condujo á Paris, inspiró solo á sus compañeros de viage admiracion, benevolencia, y aquella natural curiosidad hácia una muger que se presenta deslumbradora de belleza y de juventud. Durante la primera jornada jugó continuamente con una niña que la casualidad colocó inmediata á ella, ya fuese porque su cariño á los

niños sobrepusase á su preocupacion, ó ya porque depuestas en algo sus penas, quisiese gozar unas pocas horas con la inocencia y con la vida.

Los demas compañeros de viage eran exaltados montañeses que iban á acrisolarse á París, vomitando imprecaciones contra la Gironda y deshaciéndose en elogios de Marat. Encantados por las gracias de la jóven, se esforzaron en arrancarle su nombre, el objeto de su viage y su domicilio en París. Su aislamiento y su juventud les animó á ciertas familiaridades, que ella reprimió con la decencia de sus modales, y la brevedad evasiva de sus respuestas, y finalmente las evadió fingiendo que dormía. Un jóven mas reservado, seducido por tanto pudor y hermosura, se atrevió á declararle una respetuosa admiracion, y la suplicó que le autorizase para pedir su mano á sus padres. Contestó con jovialidad y chanceándose sobre tan repentino amor; pero prometió al jóven que mas tarde le haria sabedor de su nombre y de sus proyectos respecto á este asunto. Hasta el fin del viage encantó á sus compañeros por su grata compañía, que sintieron abandonar.

XVII.

Entró en París el jueves 11 de julio al medio día. Hizo que la condujesen á una posada que la habian indicado en Caen, calle de Vieux-Augustins, número 17, fonda de la Providencia. Se acostó á las cinco de la tarde y durmió en profundo sueño hasta el día siguiente. Sin confidente y sin testigo, durante aquellas largas horas de soledad y de agitacion, en una casa pública y con el ruido de París, cuya inmensidad y tumulto absorben las ideas y alteran los sentidos, nadie sabe lo que pasó en el alma de Carlota al despertar, teniendo siempre ante sí aquella

resolucion que reclamaba su cumplimiento. ¿Quién es capaz de medir la fuerza del pensamiento y la resistencia de la naturaleza? El pensamiento la dominó.

XVIII.

Se levantó, se puso un vestido sencillo, pero decente, y se dirigió á casa de Lauze de Perret. El amigo de Barbaroux estaba en la Convencion: sus hijas en ausencia de su padre recibieron de la jóven forastera la carta de introduccion de Barbaroux, pero Lauze de Perret no debía volver hasta la noche. Carlota se dirigió á su habitacion, en donde pasó el día leyendo, reflexionando y orando. A las seis volvió á casa de Lauze de Perret. El diputado comia con su familia y amigos; se levantó y recibió á Carlota sin testigos. Carlota le insinuó el favor que de él esperaba, y le suplicó que la acompañase á la audiencia del ministro del Interior, Garat, para que con su presencia y apoyo fuesen de mas valia sus reclamaciones. Esta peticion era solo un pretexto de Carlota para acercarse á uno de esos girondinos por cuya causa se sacrificaba, y para deducir de sus conversaciones indicios y conocimientos que la guiasen á la mayor seguridad de sus pasos y del golpe de mano que iba á descargar.

Lauze de Perret, apremiado por la hora y no pudiendo dejar á sus convidados, le dijo que aquel día le era imposible acompañarla á ver al ministro Garat, pero que al siguiente iria á buscarla á su habitacion y desde allí la acompañaria al ministerio. Entregó á Perret las señas de su posada junto con su nombre, y dió algunos pasos para retirarse; pero movida sin duda por su aspecto bondadoso y por la idea de sus jóvenes hijas. «Permitidme que os de un consejo, ciudadano, le dijo con voz algo misteriosa pero llena de interés e intimidad: dejad la

Convencion, allí no podeis impedir el mal; marchad á Caen á reunirnos con vuestros compañeros y hermanos.— Mi deber está en Paris, contestó el representante, y no le abandonaré.—Cometeis una falta replicó Carlota insistiendo de un modo significativo y casi suplicante. Creedme, añadió en voz baja y rápido acento, huid, huid, pero mañana antes de la noche,» y salió sin aguardar la respuesta.

XIX.

Estas palabras, cuyo sentido conocia solo Carlota, fueron interpretadas por Lauze de Perret como una alusion á los peligros que en Paris cercaban á los hombres de sus opiniones. Volvió á reunirse con sus amigos, y les dijo, que en la jóven que acababa de ver, ya en su actitud, ya en su expresion habia notado cierto misterio que le habia impresionado y obligado á recomendarla la reserva y circunspeccion. Al anocheecer de aquel mismo dia la Convencion espidió un decreto mandando que se selláran los muebles de los diputados sospechosos por su amistad y relaciones con los veinte y dos. Lauze de Perret era del número de estos. Al dia siguiente 12 muy de mañana fué á buscar á Carlota á su habitacion y la condujo á casa de Garat, el cual no les recibió, porque el ministro no daba audiencia antes de las ocho de la noche. Este contratiempo pareció desanimar á Lauze de Perret, el cual dijo á la jóven, que su calidad de sospechoso junto con la providencia que aquella noche habia tomado la Convencion, eran circunstancias que mas dañaban que favorecian á sus clientes; que á mas, carecia de un poder de la señorita Forbin para obrar en su nombre y que esa falta de formalidad hacia inútiles sus pasos.

La desconocida insistió poco, como una persona que

ya no necesita del pretesto para disfrazar su intencion, y á quien bastan las primeras razones para desistir de su pensamiento. Lauze de Perret, se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al momento y fué preguntando de calle en calle hasta el Palais-Royal.

Entró en el jardin, no como una forastera que quiere satisfacer su curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como una viagera á quien solo lleva un asunto á la capital, y que no quiere perder ni un paso, ni un dia. Buscó en las galerias la tienda de un cuchillero: entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, pagó tres francos, lo ocultó bajo su canesú y con mesurado andar volvió otra vez al jardin, sentándose en un momento en uno de los bancos de piedra arrimados á las arcadas.

Allí, aunque sumergida en sus ideas se distrajo con los juegos de los niños, que retozando junto á ella se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas. Por sus labios divagó todavía una sonrisa femenil, arrancada por aquellos juegos, y por aquellos infantiles rostros. Sus indecisiones la oprimian, indecisiones que recaian no sobre la ejecucion de su proyecto, que estaba resuelta á llevar á cabo, sino sobre los medios de ejecutarlo. Quería convertir el asesinato en una inmolacion solemne que infundiese el terror en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento habia sido atacar á Marat y sacrificarlo en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federacion, que debia verificarse el 14 de julio en conmemoracion de la libertad conquistada; empero el emplazamiento de esta solemnidad hasta el triunfo de la república sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos, le robaban el teatro y la víctima. Su segundo pensamiento habia sido hasta este último momento, inmolarse á Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convencion, á la vista de sus adoradores y de sus cómplices. Su